



La Abadía de Lapaís en la isla de Chipre.

Atravesando la garganta llamada de Lerine, despues de haber salido de Agridi, se llega á una eminencia desde la cual se distingue la abadía de Lapaís, fundada á mediados del siglo XIV por el rey Hugo IV de Lusignan para religiosos premostatenses, en medio de los cuales quiso aquel príncipe reposar despues de su muerte. Encuéntrase el convento al borde de una plataforma destacada de la cadena de montañas que se extiende por aquel paraje. Bosques enteros de naranjos, de olivos, de laureles rosas, de acacias y de palmeras rodean el monasterio y la vecina aldea nombrada Cazaphani-Pano.

La parte de este edificio que mas principalmente llama desde luego la atención, es una sala magnífica de cuarenta y tantas varas de larga, muy elevada y alumbrada por dos órdenes de ventanas en ojiva, que dan á la campiña y al mar. El muro que la termina y que parece sostener todo el

monasterio en la pendiente de la montaña, tiene tres varas de ancho; las ventanas están practicadas diagonalmente en el fondo de la muralla; un roseton intacto aun y calado recibe la luz del E.; por el opuesto lado se encuentra una doble ventana gótica. Seis haces de columnitas sostienen los arcos de la bóveda sobre capiteles formados por hojas. Un púlpito de piedra admirablemente trabajado existe tambien unido aun al muro septentrional de este bello salon, que serio probablemente el refectorio de la comunidad. Frente por frente de la puerta y en la galería del claústro se encuentra un rico sarcófago antiguo adornado de genios y de coronas de flores, que ha sido trasformado en una fuente; seis llaves colocadas en la parte inferior del citado sarcófago dan paso al agua. Este sepulcro se distingue perfectamente en el grabado que ofrecemos.

Los arcos góticos que forman la galería del claústro se

líbujan sobre un cielo azul y el fondo que forman los parajos silvestres que llenan el jardín. Sus curvas superiores son como se ve de tres puntos, y los limpanos se hallan adornados de trebol y de hojarasca, ornamentos que son muy comunes en las construcciones del siglo XIV.

La puerta del claustro tiene un friso de mármol blanco sobre el cual se hallan esculpidos los tres escudos del rey fundador; el del centro tiene el signo de las cruzadas y armas del reino de Jerusalem, reunido en el siglo XIII al de Chipre. De este paraje se va atravesando un patio á la antigua iglesia de la abadía, donde los griegos celebran hoy todavía sus oficios. Poco notable encierra en su interior esta parte del monasterio.

Vanamente se buscará por donde quiera la tumba del rey Hugo; no debe suponerse que el sarcófago del claustro haya recibido en 1360 los restos del príncipe para convertirse en el siglo XVI en el depósito de una fuente, pues no es creíble que los venecianos, á pesar de su manía de horrorar todos los recuerdos de los antiguos dueños de la isla, hayan obligado á los monges á violar la sepultura de su bienhechor.

## LA LOCURA CONTAGIOSA.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Bastro de Valladolid, corte á la sazón de Felipe III, subían una tarde de otoño del año 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una muger y dos hombres, personas las tres de razonable edad; el uno con solana y mantón de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo; y ella con tocas blancas y saya de jerga; es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «¿Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de S. Ildafonso,» dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pié en el primer escalon, «se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro.»—«¿Parécete á vuestra merced, señor cura,» replicó la beata, «que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?»—«Aun,» replicó el médico, «no nos ha dado cuenta vuesamerced sino de alguno que otro sintoma que no me parece decisivo.»—«Ahora,» prosiguió el cura, «nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena, porque hasta aquí mas nos ha aturrido con exclamaciones que nos ha instruido con noticias.»—«Por eso rogué á vuestras mercedes,» dijo Magdalena, «que viniesen á casa y aprovecásemos la buena coyuntura que se nos ofrece por haber salido mi cuñada, mi hermanastra y sobrinas.»—Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido ¿quién es? Magdalena respondió: «albré María.» Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una señal, nomá de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguía aun el amo en su cuarto. «Todavía está allí» contestó María, «y tan enfascado como siempre.» «Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo entonces la beata á sus dos acompañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, el siguiente diálogo.

EL CURA (*bajito*).—Con que díganos vuestra merced; ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermanastro se halla tan mal de salud?

MAGDALENA. La del alma menea me falta, señor cura, si no es efecto lo que imaginó. Pues, señores... (*menea á el aposento inmediato una ruidosa carcajada*). ¿Oyan vuesas mercedes? Esas risas son las que á mí me hacen llorar; desde que vino mi cuñada de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto y soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído y de ordinario contestá fuera de propósito; á mí entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la real hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mugeres, sin contar con la moza, á quíezes hasta ahora ha mantenido honradamente con su

trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo mucha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MÉDICO. Imposible no es: un hombre pundoneroso y que pasó ya de cincuenta....

MAGDALENA. Es que hay otra cosa, y á fé que el señor cura me dé la razón. Mi madre doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, me tiene dicho tantas veces, afligida del carácter travieso de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando que las locuras de su hijo habían de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres....

EL CURA (*tomando el chocolate que trae la criada*). Ciertamente son avisos de Dios. (*Aparte*). Agasajo de chocolate como este, bien se podía perdonar.

EL MÉDICO (*sorbiendo su jicara*). Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan....

MAGDALENA. ¿Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor? En otro tiempo escribía comedias que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibían bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas deiego. Acómode estable en la corte no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenía le ocasionaban continuos viajes y desazonas y le rendían muy poca utilidad: como fué soldado, no se da nada para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende: con que ya vé vuestra merced qué motivos de alegría le asisten. Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se ríe de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas que jamás se han visto en él ni por pienso, pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuestras mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé que asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece que llaman de *Sancho Pulzo*; no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reír como un mentecato diciéndole: «¡famoso nombre, mudándole algo! ¡famoso!» Porfiaba el labrador que no había que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí, y anduvieron así altercándose media hora, hasta que se separaron los dos, el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos días despues hablamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la qual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á grande distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicleto: mi hermano acudió á él, le alzó y le hizo valver en su acuerdo; pero ¿querrán vuestras mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reírse exclamando:— ¡qué donosa casualidad! ¡vaya, que no pueda contener la risa!

EL CURA. Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR. Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle falto de juicio.

MAGDALENA. Pues vaya otro pasito mas. Vuestra merced, si no me engaño, es parlento de aquel famoso Juaneto Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo.

EL DOCTOR. Cierto que sí.

MAGDALENA. Vuestra merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juaneto con el emperador.

EL DOCTOR. En efecto, yo he sido.

EL CURA. ¿Qué lance es ese?

EL MÉDICO. Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Yuste, Juaneto, deseoso de dar á S. M. un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento que representaban la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los religiosos, ellos le proporcionaron con toda secreto sitio á propósito y en que colocar su tramoya, y cuando estuvo lista, dijeron

al emperador que viniese á ver una curiosidad de gusto. Holgábase mucho S. M. con ella, porque el sitio de la pelea estaba figurado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo la de los nuestros que le perseguían, el emperador, que tenía los ojos fijos en ellas como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginación guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese aun mandando sus invictas escuadras: — «Corre, Juan de Urbiete; Diego de Avila, corre, que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesa merced señor cura, ¡qué efecto harían estas esprisiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran frailes, padre hubo que se arrojó á cojer del pescuezo al rey francés para que no se huyera.

EL CURA. Yo por mí le juro á vuestra merced que mas hubiera querido presenciar ese lance que ser nombrado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA. Pues bien; refiriéndolo yo há pocos días ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien la carcajada diciendo: «¡brava aventura para achucársela á un titiritero!»

EL MÉDICO. ¡Tratar de titiritero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda; el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA. Pues ¿y lo que oi decir acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

EL CURA. ¡Qué! ¿se divierte tambien el Sr. hermano á costa de los siervos de Dios.

MAGDALENA. No; pero dijo que él había de dar su merecido al colisionado que hizo el robo, y al vicario y prior carmelitano que lo consintieron.

EL CURA. ¿Y qué es lo que queria darles á los reverendos?

MAGDALENA. Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

EL CURA. ¡Palos á un ministro de los altares! vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA. Gracias á Dios que se convencen vuestras mercedes.

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata, y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quien había de ser el que hablase primero al enfermo para inducirle á ponerle en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á San Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un Ave María, seguido de la pregunta ¿qué hace por aquí un hombre? Era la pieza grande, y el cura había corrido la puerta conforme antes estaba; el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maníaco ni al cura, ni oírles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un fluo de carcajadas, en el cual el buen cura reía mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profética, prorumpió enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo, (es decir, á las hordedillas de la sala), «¡ay señor doctor de mi vida ¡si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura!» «¡Oiga vuesa merced, contestó el doctor, pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fé que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agurran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bien venida, y luego otro rumor mas suave que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza, y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosas que la anterior por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresaba sobre la del cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena: «¡tambien,» exclamaba, tambien el doctor se ha contagiado, tambien el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion, á invocando uno por uno todos los santos del calendario, le hallaron cuatro nuevos personajes que aparecieron en la sala, todos pertenecientes al sexo que ahora se llama bello, y que entonces á la cuenta

no lo sería cuando no se lo llamaban: dos jóvenes y dos respetables matronas, Catalina, Andrea, Isabel, Costanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alteradamente á cada una: «mi hermano se nos ha vuelto loco y comunicó su locura á cuantos le hablan, ¡Loco mi marido!—¡mi padre!—¡mi hermano!—¡mi tío!» exclamaron á la vez las cuatro. «Pues ¿qué sucede? ¿qué has notado en él?» preguntó Catalina. «Que ha dado en la manía de reirse de todos y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! Es menester que yo aclare esto, dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría:— á los dos minutos ya reía Catalina como las demas. Fueron entrando sucesivamente atraídas de una curiosidad mezclada con una buena dosis de miedo doña Andrea, Isabel y Costanza; y á todas les sucedió lo mismo; de manera que á lo último reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de dentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio: «no en mis días, ¡guarda Pablo! no quiero reirme, no quiero perder el juicio.—Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto; el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores y detras de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz agujaña, el cual traía unos papeles en la mano. Salían todos fatigados de lo descompadadamente que habían reido; y el cura dirigiéndose á Magdalena le dijo: «no tenga vuesa merced miedo, hermana beata, que por ahora la razon de mi buen feligrés el alcalaino se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la predicción de la difunta Doña Leonor su madre ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las locuras escritas de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra. «Mira, dijo entonces el hermano alargando á la beata los papeles que había sacado: «mira lo que tan embebido me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta: EL GENIOSO HIDALGO D. QUINTO DE LA MANCHA, COMPUESTO POR MIGUEL CERVANTES Y SAAVEDRA.

JUAN EGENIO HARTZENBESCH.

## LA TUMBA DE GESNER EN ZURICH.

Hay en Zurich un paseo bañado por dos rios, el Limmat y el Sihl, que termina en la confluencia. Esta doble ribera, rodeada de verdor, del dulce murmullo del agua, cuyo curso brillante y rápido se distingue por todos lados como un fondo plateado á través de los árboles; las risueñas perspectivas de este lugar, la soledad y la calma que en el reina, le dan atractivos dignos de la imaginacion del pintor y del poeta. Gesner, que era uno y otro á la vez, tuvo toda su vida una predileccion marcada por este bello paisaje; así es que sus conciudadanos, que tantas veces le habían encontrado en aquellas alamedas absorto en sus dulces meditaciones, resolvieron de unánime acuerdo erigirle en ellas un sepulcro, cuando en 1788 dejó de existir á la edad de 88 años. Abrióse en toda Europa una suscripcion pública, y el monumento fué confiado á Alejandro Trippel, escultor muy estimado entonces.

Gesner no comenzó á adquirir celebridad hasta que pasó de la juventud; durante su infancia su primer maestro no había descubierto en él otra cosa que una comprension torpe y perezosa; pero esto era una observacion superficial; bajo aquella apariencia engañosa se ocultaba una sensibilidad exquisita, un amor exaltado de la naturaleza que le impulsaba á la pintura y la poesia. Su padre, que tenía ideas positivas y prudentes, le dedicó á la profesion de librero é impresor que él mismo ejercia. Despues de una residencia de algunos años en Berlin, donde sus ensayos como paisajista y como poeta obtuvieron un éxito mediano, se estableció en Zurich para continuar la profesion de su padre;

los deberes de su estado no disminuyeron su gusto por el arte; como Estienne y Richardson se hizo editor é impresor de sus propias obras, y aun tuvo ventaja sobre ellos; compuso y grabó las estampas y las viñetas que adornaron sus *idilios* y sus poemas. Las críticas del poeta Baucier, á quien habia conocido en Berlín, le hicieron renunciar á escribir en verso, adoptando una prosa cadenciosa que supo elevar á un grado notable de pureza y de elegancia. Sus primeras composiciones no obtuvieron gran éxito en su patria, mas apreciadas fueron en Francia. Su poema *Dafné*, publicado en 1733, sus *Idilios*, dados á luz al año siguiente, le colocaron inmediatamente en el rango de los primeros poetas en el género pastoril. El entusiasmo que causó en los literatos y en los círculos parisienses, se propagó con maravillosa rapidez en toda Europa; desde esta época hasta su muerte, Gesner no obtuvo otra cosa que triunfos: sus escritos fueron traducidos á todas las lenguas. El poema *La*

*muerte de Abel*, que dió á luz en 1738, fué tres veces reimpresso en Francia en el trascurso de un año. Turgot tradujo dos cantos de su poema, el primer libro de los *Idilios* y *El primer navegante*. Diderot *Los dos amigos de Narbona* y las *Conversaciones de un padre con sus hijos*; muchos poetas se declararon discípulos de Gesner. Griman, entre ellos, que en su correspondencia decía, convirtiéndose en eco de sus contemporáneos: «Gesner tiene una frescura y una dulzura de colorido encantadoras; un estilo gracioso y delicado, y una sensibilidad exquisita. Las obras de este poeta son admirables por el encanto que les es propio y por la moralidad que respiran; es un hecho que despues de leer sus *Idilios* es uno mejor que antes; tan cierto es que hasta los géneros mas frívolos en apariencia pueden contribuir á la reforma de las costumbres.» Gesner fué comparado á Hesiodo y Teócrito, y sus obras sirvieron de texto en los establecimientos de instrucción pública.



El sepulcro de Gesner.

Segun el abate Andrés, su *Primer Navegante*, (1) dió á los poemas cortos un nuevo género de naturalidad y sencillez, así como á los poemas épicos su *Muerte de Abel*. (2)

Madama Genlis, que hizo un viaje á Suiza hacia 1773, no se olvidó de Gesner al pasar por Zurich. He aquí la curiosa descripción que hizo de su antecista con el autor de *La muerte de Abel*.

«He visto á Gesner, dice, es un grande hombre sencillo y franco con quien facilmente se entra en relaciones y á quien

no puede conocerse sin amarle. Yo pasé con él por las encantadoras orillas de la Sihl, que es donde, segun me dijo, ha encontrado la inspiración de sus idilios, y no dejé de hacerle esa pregunta. Importuna que se dirige siempre á los autores célebres, para no ser jamás de su opinión, cualquiera que sea la respuesta. Mi pregunta fué cuál de sus obras estimaba mas, y me contestó; *El primer navegante*, porque le escribió para su muger en el principio de sus relaciones amorosas. Esta respuesta me desarmó, y desde entonces yo tambien quiero preferir *El primer navegante* á *La muerte de Abel*».

«Gesner me invitó á visitar su casa de campo; yo tenía una curiosidad extraordinaria de conocer á la muger con

(1) Este poema, con algunos Idilios del mismo autor, fué traducido en verso castellano y publicado en 1796.

(2) Hoy una traducción castellana impresa en 1803.

que se había casado por amor, y que había contribuido á hacerle poeta; representábasele bajo la forma de una pastora bohémera, y creía que la habitación de Gesner debía ser una elegante cabaña rodeada de bosques y de flores, que en ella no se bebía más que leche, y que, según la expresión alemana, se andaba sobre una alfombra de rosas. Llegó, atravesó un pequeño jardín lleno únicamente de zanaorias y de coles, lo cual empezó á desvanecer un poco más ideas de Eglagos y de Idilios, que fueron completamente disipadas al entrar en el salón, por una nube de humo de tabaco á través de la cual distinguió á Gesner, fumando en su pipa y bebiendo cerveza al lado de una muger en el traje del país, que era madama Gesner. La buena inteligencia y estrecha union del matrimonio, su ternura para los hijos, retrataban las costumbres y las virtudes que Gesner ha cantado en sus Idilios y la edad de oro, no en brillante poesía, sino en lenguaje vulgar y sin adornos. Gesner dibuja y pinta superiormente á la aguada el país, y ha copiado todos los silios campestres que le va describiendo.

Este cuadro de familia es seguramente agradable y vale bien una biografía. No cabe duda que Gesner debe en parte á esta sencillez y moralidad de su vida doméstica la superioridad de sus escritos pastorales sobre las de los poetas que queriendo ostentar la pureza de las costumbres campestres, han bebido sus inspiraciones en las calles de las ciudades ó en las decoraciones de los teatros. Gesner no se ha sostenido siempre en el rango en que se hallaba colocado en su época. Pero si el género en que se distinguió ha pasado de moda, si ya no se busca el bello ideal de la felicidad en las cabañas, donde él le encontraba, si la versosimilitud del lenguaje que ponía algunas veces en boca á sus personajes no es hoy admisible, queda todavía á nuestra generación un recuerdo agradable de sus descripciones de la naturaleza: lo que le dictó su corazón no perecerá; sus imitadores que no tenían otro contacto con él que el de la imaginación y el espíritu de la moda, han sido ya condenados al olvido tiempo há.

## EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

### SEGUNDA PARTE.

#### Historia del Abanico.

Cuán útil y agradable sería una fiel y detallada historia del abanico, y con cuánto gusto llenaríamos esta delicada tarea si poseyéramos los conocimientos históricos que tan grave asunto reclama: pero nuestra crasa ignorancia se opone á nuestro buen deseo, y tendremos que contentarnos con tratar tan árdua cuestión someramente, ya que los datos son muy pocos, sin duda alguna por la incuria de los antiguos escritores. La historia sagrada nada dice de si nuestra primera madre Eva usó ó no abanico; pero atendiendo á que en el estado de gracia no tenía ni frío ni calor, y á que en el de pecado compuso su primer vestido de hojas de higuera, no es aventurado conjeturar que el primer abanico de la primera muger debió ser una hoja de higuera. La mitología, historia gentílica ó fabula, es en esta parte mas explicita que el Pentateuco, pues nos presenta á la gran Juno vestida á la griega; y es monumental su abanico. Sin embargo, se nos ocurren algunas dudas sobre la materia y forma de este mueble, y atendiendo á que la esposa del Tonante tiene particular predilección por los pavones; puede afirmarse que el célebre abanico de la Diessa, es ó fué la cola de una de sus aves predilectas. Y uniendo la historia sagrada á la mitología sacamos en limpio que una hoja de higuera y la cola de un pavo fueron los primeros abanicos que usaron la reina del Olimpo y la desterrada del paraíso terrenal.

Para jactarnos de eruditos, quisiéramos poder describir el abanico de Semiramis, modelo de esposas, que muy pocas siguen por desgracia, si es que la célebre reina de Egipto tuvo abanico: el de Cleopatra, reina varonil, que pudo trocarlo muy bien por una espada de Toledo: el de Saffo, poetisa amante, que buscó la muerte en las ondas para hallar en ellas el olvido de la mas negra ingratitude, porque tambien hay hombres ingratos: el de Aspasia, célebre cortesana griega, que bajo seductores halagos ocultaba la mas refinada política, y fué uno de los mas bellos ornamentos del glorioso siglo de Pericles: el de la madre

de Neron, vírgen que amamantó á un espía para que le rasgára el seno: el de la Fornarina, vírgen que dió muerte y gloria á Rafael: el de Catalina de Médicos, empapado de venenosos filtros: el de Laura, que se interponía castamente en su far divina y la mirada del Petrarca: el de Isabel de Inglaterra, que cubría la falsa sonrisa de la Reina vírgen, é inclinándose hacia rodar sobre el cadalso la cabeza que habia refrescado horas antes: el de Carlota Corday, trasformado en puñal para librar á la república de un tigre sediento de sangre, que apenas mitigó su sed cuando bebió toda la suya: el de.... pero pongamos coto á este larguísimo catálogo: que pisamos el siglo diez y nueve y es comprometido citar nombres.

El siglo diez y nueve... ¡Gran siglo!... Época de revoluciones condensadoras del tiempo, que bambolean y destruyen troncos, pero que no privan á la muger del abanico, su distraccion en todos tiempos y su consuelo en las largas siestas de estío. Amables lectoras, acudid en nuestro auxilio, y suministrándonos vuestras propias historias, contribuid con una chinita siquiera al gran monumento, á las nuevas murallas de Tebas, que pretendemos levantar á la historia del abanico. ¿Pero no respondéis, lectoras? ¿Nuestra humilde plegaria no enterneco vuestros corazones diamantinos? ¿Nos dareis, como á pretendiente tofo y pobre un no redondo por respuesta? ¿No habrá una siquiera que se duela de nuestra angustiosa situación? ¿No habrá una?... ¡Silencio! una llega.... Sus mejillas son mas delicadas que los pétalos de las rosas en una alborada de abril: sus ojos, azules como el cielo, derraman una luz tan suave como el rosicler matinal: sus lábios de coral ocultan dos hilos de perlas orientales: su talle es esbelto y flexible como el tallo de la amapola: sus piés apenas dejan huella: sus cabellos blondos parecen una corona de topacios: su voz es mas dulce que el blando murmullo de una fuente: escuchadla; comienza á hablar.

«¿Queréis, dice, que yo os refiera la fiel historia de mi abanico? ¡Ay! mi abanico tiene varias historias, como los jardines varias flores; como cada flor varios pétalos. Contarlas todas sería largo. ¿Queréis saber una? escuchad. Yo amo: ¿qué muger no idolatra! preocupaciones é interés se interponen, como horribles fantasmas, entre mí y el caro objeto de mi amor. Quiero ser suya y me lo impiden: quiero hablarle y no me lo permiten.... Tal despotismo no se concibe en un siglo de libertad! ¿Qué consuelo tengo en la vida? el de verlo: ¿y para verlo algunas horas qué qué auxilio puedo valerme? del que me presta mi abanico.... Escuchad la historia de un día. Era el ocho de enero de mil ochocientos cuarenta y nueve: el sol, brillando en su cenit, reanimaba los campos ateridos por las escarchas de la noche; y yo, asomada al balcon, esperaba con ansiedad que se presentara mi amante. A la una en punto, hora convenida, apareció, y al mismo tiempo mi mamá vino á colocarse á mi lado. En tan critica situación me era imposible pronunciar una sola palabra, ni hacer el mas ligero movimiento: mi amante venia á saber á qué paseo debíamos ir, y en la imposibilidad de decirselo hubiera muerto de dolor sin la mágica intervencion de mi abanico. Me cerré precipitadamente, apliqué su parte superior á mis labios, y toqué con ella mi frente. Estos tres ligeros movimientos significaban tres palabras. *Márchate, te amo, Atocha*: y obedeciendo á mi mandato, se alejó mi amante satisfecho y quedó burlada mi mamá. A las cuatro en punto, mamá y yo nos encontrábamos en Atocha; tambien estaba allí mi amante, y al cruzarnos me preguntaban sus miradas si podríamos vernos por la noche. Inmediatamente apliqué la parte inferior del abanico á mi mejilla derecha; con lo cual le manifesté que íbamos al circo de Pombo. Cuán largo es el paseo de Atocha solo lo saben los amantes que no tienen otro consuelo que saludarse cada vuelta; para los amantes desgraciados debia haber un paseo sumamente corto, de cincuenta pasos lo mas, y así se encontrarían al menos una vez cada dos minutos. Pero las sifmas indiferentes ó dichosas no se cuidan de las que sufren, de las que han nacido para amar. Se puso el sol: nos retiramos mamá y yo, y á las ocho en punto nos encontrábamos en el anfiteatro del Circo: mi amante no tardó en llegar. Su primera mirada, radiante de satisfacción y de amor, me pintó todo su cariño; á ella respondí *Yo te amo*, llegando á mis labios la parte superior del abanico. Satisfecho de mi respuesta, tocó su nariz con el puñito del baston, modo de preguntarme si íbamos de sociedad, y yo le respondí Señora

de B. cerrando mi abanico de arriba á bajo. Inmediatamente aproximó el puño del bastón á su frente, indicándome que traía una cartita para mí; y cerrando yo mi abanico de abajo á arriba le respondí, *Que podría darme en la escalera.* Algunas mas preguntas y respuestas cambiamos; me entregó al bajar la escalera el billete con el necesario distintivo; y momentos despues nos encontramos en casa de la amable señora de B.. Mi amante no podía acercármese, porque mamá me hubiera reñido; y teníamos que hablar solamente el nudo idioma de los ojos. La casualidad y mi abanico nos acercaron un momento; y digo que fué mi abanico, porque una de las contertulias lo cogió, y viendo que, un vez de paisajes tenía escritos veinticuatro mores, y una ruedecita volante con igual cantidad de cifras, propuso que todos los jóvenes fuéramos sacando nuestro horóscopo; para lo cual fué necesario formar círculo; y aunque no se atrevió mi amante á ponerse á mi lado, por temor á mamá, quedó interpuesta una sola amiga entre los dos. Cuando tuve que sacar mi horóscopo gradué con tanta habilidad el escape de la ruedecita, que indicó precisamente el número que yo habia elegido de antemano, pues se leía en su correspondiente: *Sufrir y amar.* Mi amante sacó despues su horóscopo, y, tan hábil ó afortunado, tuvo el siguiente: *Vencer imposibles de amor.* Acabado este inocente juego se disolvió la sociedad y acabó mi historia de un día.

Triunfamos, amables lectoras; nuestros ruegos no fueron vanos; y por virtud de una vara mágica no tardó mucho en presentarse la sensible y hermosa jóven que ha tenido la amabilidad de contarnos su historia de un día. Pero debemos contentarnos con una historia que abraza tan breve período? Seríamos muy poco exigentes. ¿No habrá una segunda beldad que acceda á nuestro llamamiento?.. Creemos percibir ruido de pasos; la puerta se abre; un rostro moreno, sonrosado, con ojos grandes, nariz un poco levantada, labios frescos y ligeramente plegados, sombreado de cabellos castaños y sumamente provocativo, se asoma con cierto recato; la puerta se abre mucho mas; completa la aparición un cuerpecito de mujer, ágil, bien hecho y diminuto. La fantasmilla se adelanta; apoyó una mano sobre la mesa de escribir; lee el epigrafe de este artículo y dice:

«Está bien, muy bien; que capricho. *Historia del abanico.*... Vaya un descubrimiento raro; como si cualquiera abanico tuviera un centenar de historias; que se lo pregunten á los míos. Desde que los saco de la tienda hasta que los rompo son una historia permanente; un telégrafo mucho mas útil que el de la casa de Correos. Si estoy al balcón, lo manejo en pro ó contra de dos estudiantes, mis vecinos, y tengo combado al alfabeto de tal manera, que cuando digo al uno que irá de paseo al campo del Moro, el otro entiende que irá á la Fuente Castellana, y generalmente concluyo por ir al Retiro ó Atocha. En el paseo saludo al mismo tiempo á un capitán de infantería, á un oficial de la Gefatura y á un aprendiz de periodista; cito al primero á una tertulia; al segundo al Instituto, y al tercero á un baile de máscaras. Tengo amantes en todas partes, y valiéndome de mi abanico los manejo á mi voluntad. Si se encuentran dos en el teatro, cierra el abanico con violencia, y mientras se acerca el uno á hablarme vé el otro á comjurarne bombones; porque cada cual lee en su diccionario un mandato particular. Me gusta dar ruido; y mi abanico, dado en un baile ó dejado caer en un paseo, ha originado mas de un duelo; porque un duelo entre dos rucos es una especie de torneo, y yo, que soy algo romántica, aunque poco sentimental, me complazco en remarar durante el proceloso siglo diez y nueve los combates de la edad media. No podré enumerar las veces que cubriéndome parte del rostro con el abanico, veo por las varillas escenas que figuro no querer observar, y que me causan gran contento. En una palabra, el abanico me sirve de entretenimiento, de telégrafo, y á muchos causa despecho y mortificación. Pudiera contar mil anécdotas; pero me fatiga hablar mucho tiempo de la misma cosa, y ocuparme del mismo objeto; y pongo aquí punto redondo porque yo soy muy inconstante.»

Desapareció la morenita como una flecha disparada, ó como un niño á quien dan dinero para dulces, y quedamos tan reflexivos que no erocamos nuevas fantasmas; pero *estaba escrito* sin duda, como decían nuestros antepasados los árabes, que la historia del abanico no se terminara tan

pronto; y con satisfacción y sorpresa vimos, al volver la cabeza, á una mujer hermosa, sentada en un confidente de damasco. Su rostro, enteramente griego, tenía una regularidad admirable; sus negros y rasgados ojos destellaban como carbunclos; sus finos labios se marcaban como una estrecha cinta de púrpura; parecían sus manos las de la Minerva de Fídias, y brillaba en toda su persona una imponente magestad. Tenía en su diestra un abanico de oro cincelado; pero lo empuñaba como un cetro, y lanzando una altiva mirada, dijo con voz firme y sonora:

«Casi todos los legisladores de las sociedades humanas han dicho que el imperio pertenece al hombre y la sumisión á la mujer; y las sociedades humanas han canonizado este absurdo. Ven al hombre blandie la espada, enristrar la lanza ó disparar el arcabuz, y han dicho: *Quien tan bien maneja estos instrumentos de muerte debe ejercer la autoridad.* ¡Imbéciles! ¿Ignoran por ventura que la verdadera fuerza está en el alma, y que todo instrumento es mortífero, aunque sean delicadas las manos que lo manejen, si es arrogante el corazón? Los que tal dicen, que se acercuen. Este abanico que yo empuño, no es una espada, no es una lanza, no es un arcabuz, pero es un cetro que sostiene mi omnipotente voluntad. Lo inclino, y á mis pies se postran emperadores y monarcas que han visto pueblos arrodillados ante sus tronos esplendentes. Lo inclino, y doblan la rodilla ministros que han sido realmente soberanos de sus monarcas. Lo inclino, y humillan sus frentes ceñidas de laurel generales que han derribado á los orgullosos ministros. Lo inclino, y doblan la cerviz los independientes tribunos que han hecho caer las espadas de manos de los altivos generales. Lo inclino, y vienen á adorarme los sangrientos gefes de turbas, que hacen temblar á los tribunos. Lo inclino, y me diviniza al momento la mitad de la especie humana, el hombre; porque mi abanico es el cetro de la hermosura. Enmudeced, legisladores, ó no iliciteis leyes absurdas. ¿De qué sirve poner la autoridad en manos del hombre si el mejor cetro es un abanico en la diestra de la mujer!»

Desapareció la hermosa dama, pero su acento resonaba como repetido por cien ecos; y uno, comentando sus palabras, decía: *Enmudeced legisladores; las mejores leyes son el resultado de la débil razón humana, que no conserva autoridad en donde impera la pasión.*

Pasaron algunos momentos; los ecos perdieron su armonía, y percibíamos un ruido de pasos que hacían crujir el pavimento. La puerta de nuestro gabinete se abrió, como si la empujara el huracán, y pasó su umbral una verdadera hija de Madrid, sin mezcla de nación extranjera; una crudísima manola, con la mantilla echada atrás, la peineta de medio lado, la saya corta y bien plegada, y un pie bien calzado: traía bandera de guerra en los ojos, en el contorno y en el aire. Contar por menor sus facciones sería prolijo por demás; y baste á los aficionados saber que tenía buen conjunto, y que pronunció estas palabras:

«Ponga Vd. ahí: á una manola sirve el abanico para tres cosas; para romperselo en la cara á un mala sombra, para echarse aire, y para quemarlo en la plaza de toros cuando se acaba la función.»

Dijo; y despues de estas razones lo mas prudente es terminar la larga historia del abanico.

### TERCERA PARTE.

#### Historia del Quitasol.

Hemos probado en las anteriores historias la comodidad y utilidad de un mangoito bien manejado, y la importancia del abanico bajo diferentes aspectos. Fácil nos sería asimilarles el quitasol; pero reproduciendo las escenas cansáramos á nuestros lectores; lo que de ninguna manera queremos hacer ni aun pensar. En tan critica situación nos desviaremos de la senda que hemos seguido en los artículos anteriores, y la *historia del quitasol* será la historia de María, historia inédita, poco sabida, pero pálpitante de interés.

Cuántos vivimos en la corte conocemos perfectamente á María; perfectamente no: conocemos sus anchas pupilas de azabache; su tez nacarada y trasparente; sus labios delgados y ligeramente marchitos; su frente tersa y despeja-

da; su nariz griega; su rica cabellera de ébano; su talle esbelto; su pié breve; su mano pequeña y torneada; pero casi nadie conoce sus pensamientos, sus pasiones, el fondo de su corazón. ¡Qué hermosa es María! su ademán altivo, como el de una reina, impone respeto; su sonrisa cóncava, como la de una niña, derrama torrentes de amor. Y sin embargo María no es reina; y con todo María no es niña: María es hermosa y nada más. ¡Desgraciado el hombre que la mira! ¡Desgraciado el que oye su voz argentina y vibrante á veces, á veces dulce y desmayada! ¡Desgraciado el que ve su imagen en un cristal, ó el aéreo contorno de su sombra! El rostro, la voz, el reflejo, la sombra de María, convierten en mármol, como la cabeza de Medusa; encantan, como los trinos de las sirenas; asombran, como las apariciones nocturnas; matan, como la sombra de algunos árboles malditos.

Sigámosla al Prado. Su vestido es más elegante que sombrero: sus ademanes son más distinguidos que altares: sus miradas más inexplicables que imponentes. Maneja con cierta negligencia su quitasol de raso blanco; conversa poco con la amiga que la acompaña, mujer tan vulgar como distinguida María, y contesta á los pocos saludos que la dirigen con una ligera inclinación. Hombres y mujeres, al cruzarse con ella, se dicen algunas palabras en secreto, y todas vuelven la cabeza, como si temieran encontrar su mirada de basilisco. Pasea cuanto dura la concurrencia, pero siempre baja muy tarde, y cuando se retira parece un fantasma que se eleva entre las sombras de la noche. Muchos concurrentes aseguran que se ha remontado por los aires; pero tienen que copular su error al distinguir un quitasol blanco que ondula sobre las apinadas cabezas de la muchedumbre: porque María no ha notado siquiera la ausencia del astro del día. Pocas veces, muy rara vez, la encontraremos en el teatro; pero siempre en un palco bajo, y adornada con el más delicado gusto. Una flor blanca, una camelia, flor hermosa pero inodora como un alma pura sin amor, brilla lozana entre sus dedos al empezarse la función; pero va perdiendo lentamente sus hojas aterlopeladas, que cubren la falda de María como una finísima escarola las verdes cuadros de un jardín. María mira muy pocas veces al público: clava sus negras pupilas, por intervalos bien desiguales, en la escena, en el pavimento y en las lucas. En los pasajes más risueños suele derramar copiosas lágrimas; en los más patéticos, sus labios suelen plegarse sonriendo; y cuando todos se entusiasman, permanece muda y glacial. Aparece de vez en cuando en los salones del gran mundo; siempre hermosa, siempre prendida con elegante sencillez. La misma camelia, fresca y blanca, rodeada de hojas de geranio; forma su lindo ramillete de baile; y, lo mismo que en el coliseo, brilla al principio de la fiesta y muere al fin, después de haber sufrido el lento y penoso martirio de perder sus hojas una á una. Los primeros acordes de la música; la ordenada confusión del baile, y la atmósfera perfumada de los salones, embriagan momentáneamente á la encantadora María. Sus ojos se animan y destellan, como los del águila que desalta los ardientes rayos del sol; tiemblan sus delicados labios, como una amapola silvestre al suave beso de las uvas; su nariz griega, se dilata como la del árabe coctel que no encuentra bastante ambiente en el abrasado desierto; y mece su esbelta y delicado talle, como se encabrita y prafa un noble caballo de batalla al oír los sonos del clarín. En su ademán, en su semblante, en las frecuentes palpitaciones de su corazón, se conoce que se entrega á rudo combate; alguna vez acepta la mano que la ofrece y valse; pero sucede rara vez. Al principio su pié pequeño no toca la alfombra, y gira y gira como arrastrada por un invisible poder: después delecto su carrera, se hacen tardos sus movimientos, y deja bruscamente el hábito para arrojarse en un sofá. Ocultando lágrimas, abogando suspiros y forzando sonrisas, pasa una ó dos horas de la fiesta, y abandona, convida ó abatida, los salones, salpicándolos de manchas blancas, que son las hojas de la camelia deshojada.

Así se presenta María en los paseos, en los bailes y en los teatros. ¿Tienen los años de María una historia? que período de años no la tiene. María cumplió los diez y seis feliz, inocente y tranquila. Ni recuerdos desgarradores ni quimeras esperanzas turban sus sueños; era una flor que cada día se abría sobre su verde tallo sin haber vivido el anterior. Llámábase hermosa á parir; pero creía que así il-

mándola la querían como ella á sus pájaros, á sus flores ó á su faldero, á los cuales llamaba hermosos. Jóvenes de su misma edad, jóvenes de pocos mas años empezaron á tributarle amorosas adoraciones, que no comprendió al recibirlas y desdeñó sin comprenderlas. Pasó un año mas; diez y siete cumplió la caudala hermosura, y empezó á sentir su corazón una pasión desconocida; un fuego lento empezó á apder en sus arterias, y de repente toda su sangre se convirtió en lava candente. La casualidad la acercó á un hombre de veintiocho años; este hombre no la miraba como la habían mirado sus jóvenes adoradores; no la acosaba como aquellos; no la llamaba nunca hermosa; no la acosaba como aquellos; no la llamaba nunca hermosa; pero el lenguaje de esta hombre tenía un encanto irresistible; sus miradas una fascinación embriagadora; sus modales una elegancia inimitable, y hasta su nombre tenía el prestigio de una inmensa reputación. María, que no había amado nunca, reunió en un punto todas las fuerzas de su alma, y se entregó á su primer amor sin inquietudes ni recelos; sin esa duda, sin esa prudente desconfianza que nos legan los desengaños. Hermosos y apacibles fueron los primeros días de un amor rico en brillantes ilusiones, que se formaban unas de otras, que se prestaban su belleza, que se adonaban para engrandecerse y elevarse. María creyó que debía gozar en un día los placeres que no había sabido comprender durante sus floridos años; que necesitaba reconcentrar todas las fuerzas de su ser para amar con loco entusiasmo; que debía identificar su existencia con la del objeto de su amor; y, en un sed ardiente de emociones, soñaba que podría sentir las todas en un solo instante y prolongarlas una eternidad.

¡Qué delicioso sería soñar sin despertarnos nunca! María formó en sus sueños un cielo, un altar y una divinidad. Sobre el aéreo pedestal, cubierto de magníficas vestiduras, peñido de resplandecientes aureolas, el hombre desapareció bajo su esplendente ropaje; y su fanática adoradora pudo prosternarse ante el ara y estasiarse por mucho tiempo; pero al fin se desplomó el altar, se rompieron las vestiduras, se apagaron las aureolas; la divinidad despojada de sus atributos tomó su forma primitiva, y María, que durante un año había vivido feliz, amante y engañada, vió roto el prisma que formaba sus engañosas ilusiones; y se encontró infeliz, burlada, abandonada, y lo que es más triste, amañado. Se había elevado á mucha altura para abismarse de repente, para querer reconocer en un momento la inmensidad de su desgracia, para conformarse con ella; y cayó suplicando, y derramó lágrimas, y luchó por conservar su dicha, por prolongar sus ilusiones, como lucha el naufrago por sostenerse sobre las ondas, por dilatar su horrible agonía. Vanos esfuerzos: el abismo abrió sus insalvables seios; un rayo de sol alumbró repentinamente la escena, y María, perdida del todo la esperanza, quiso ahogar su inmenso dolor en la confusión y el bullicio, en la embriaguez de otros amores.

Era María demasiado hermosa para no encontrar adoradores, y un joven de veintidos años, noble, entusiasta y generoso, la ofreció un corazón que amaba por primera vez: un corazón que amaba como meses antes había amado el de la burlada María. Esta recibió sus protestas de amor con júbilo, porque esperaba cicatrizar la profunda laga de su alma con el bálsamo de un nuevo amor; pero cedió al poco tiempo que su herida brotaba mas sangre cada día, y aunque procuró ocultar al nuevo amante la aversión que sentía hacia él, no tuvo fuerzas para proseguir disimulada; y el joven noble y generoso, no pudiendo comprender la causa de un cambio tan inesperado, perdió en pocos meses la razón. Este suceso cundió mucho, y desde el momento empezó María á ser señalada como una mujer peligrosa. Sin embargo, nuevos amantes quemaron incienso á sus piés; María recibió pocas horas sus homenajes, y adquirió fama de coqueta. Un hombre insensible, pero vano, la tributó nuevos obsequios; la joven empezó á recibirlos como había recibido los de otros, solo por distraer su hondo hastío; pero su corazón, que había latido con tanta fuerza dos años antes, volvió á latir por un joven tan entusiasta y noble como el loco, y más desgraciado que él. El hombre vano, que no amaba, se creyó ofendido en su amor propio, y retó á su feliz rival: un duelo á muerte siguió al reto; el amante desdeñado triunfó y el preferido lanzó su último aliento, pronunciando el dulce nombre de María. Un hombre loco y otro muerto eran demasiados despojos en las aras de una mujer; el mundo no se contentó con llamar á María peligrosa y coqueta; la calificó de homicida.

En tanto que el mundo murmuraba, lloraba María amargamente la suerte del pobre insensato, y elevaba súplicas al cielo por el alma del que murió; pero el mundo no vela sus lágrimas; el mundo no escuchaba sus rezos; seguía el mundo llamándola homicida, y no respetando su aislamiento, lo calificaba de la manera más injuriosa y ofensiva. Las murmuraciones del mundo llegaron hasta el retiro de María: la injusticia la reanimó: se despertó su noble orgullo, y se presentó de nuevo al mundo, retándole á que la dijera frente á frente lo que había murmurado en su ausencia. El mundo prosiguió murmurando, pero en voz baja; porque el mundo muere por detrás. María triunfaba en esta prueba: sus atractivos la proporcionaban nuevos amantes; pero María sabía muy bien la triste historia de su vida; conocía, como nadie el secreto de su corazón; y no solamente no amaba, sino que tampoco quería ser amada; temía serlo y huía toda ocasión. De vez en cuando, en el paseo, levantaba su quitasol blanco, como para decir al mundo: «*Mi brazo puede enarbolar una bandera, pero nada temas: mi bandera es blanca, es de paz.*» De vez en cuando deshojaba en los coliseos y los bailes una camelia blanca, diciendo: «*Mis venenosos son inofensivos, como los de esta flor inodora: pronto se apartarán de mi rostro, como los pétalos que arranca del botón que los sostenía; mis ilusiones y esperanzas son esas hojas, que ruedan sobre el pavimento.*» ¡Pobre María! su pasado es triste, muy triste; su presente oscuro, muy oscuro: ¿cuál será su porvenir? Dios lo sabe. Por escribir la historia de un quitasol hemos escrito la del alma de una mujer: historia por historia quizás vale más la segunda.

#### CONCLUSION.

Después de haber publicado dos historias y tener en prensa la tercera, tomé la tarjeta que me había dado la hermosa del pequeño pié, y sirviéndome de las señas en ella grabadas, llegué fácilmente á la habitación que debía ocupar la desconocida misteriosa. Me abrió la puerta una mujer de mediana edad; y cuando la hubo manifestado á quien deseaba ver, por toda respuesta me preguntó mi nombre y apellidos. Dijelos sin vacilar; me dejó un momento; volvió con un pliego cerrado y me dijo:

—La señora, á quien V. busca, no vive ya aquí, ni puedo indicar su paradero; pero al marcharse me entregó esta carta con sobre para V.

Rompí el neta inmediatamente, y lei las siguientes palabras:

«*En la historia del quitasol ha visto V. la de mi vida: mi pasado es triste, muy triste; mi presente oscuro, muy oscuro: solo Dios sabe mi porvenir.*»

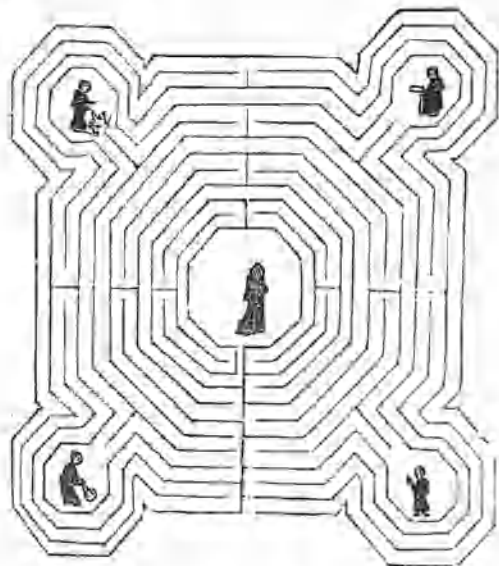
JOAN DE ARIZA.

#### Laberinto de la Catedral de Reims.

Creemos que agrada y entretendrá un rato á nuestros lectores el acertar á recorrer con orden y sin dejar ni uno, todos los rodeos y encrucijadas, vueltas y revueltas de la

única calle á que se reduce el presente diseño del laberinto que hubo en la famosa metrópoli en que se consagraban y coronaban los reyes de Francia. Hallábase trazada esta curiosidad en el pavimento por fajas de mármol blanco y negro que solo distaban entre sí un pié, y era denominada *Camino de Jerusalem*. Andábase todo aquel espacio como si fuera un *Via Crucis*, rezando las oraciones que contenía un librito que se vendía al efecto con el título de *Estaciones en el camino de Jerusalem, que existe en la iglesia de nuestra Señora de Reims*. Supónese que un arzobispo de allí, que marchó en peregrinación á Palestina en 1218, sugirió á su regreso la idea de semejante obra, cuya forma se juzgaba tener alguna analogía con la del interior del templo de Salomón.

Representaba el dédalo un polígono regular, y tanto en su centro como en cada uno de sus cuatro ángulos había una figura humana, que se opinaba pertenecer á los maestros que dirigieron la fabricación de la suntuosa basílica. En 1779 fué destruido el laberinto en cuestión á instancias y expensas de unos canónigos, á fin de evitar el ruido y las corridas de los muchachos por el recinto del Camino de Jerusalem.



#### ADVERTENCIA.

El jueves de esta semana parten por el correo los paquetes de la cuarta edición del ALBUM, y los de los cuatro primeros números del SEMANARIO, nuevamente reimpresos, para todos los suscritores, con los cuales estamos aun en descubierta. Rogamos otra vez á los que se hallan en este caso, nos dispensen el retardo que han experimentado, no obstante la velocidad con que hemos procurado disponer las reimpresiones, que han sido agotadas tan pronto como han estado corrientes.

Cientos láminas al año de todos tamaños.

## LA ILUSTRACION.

En gran tomo de 1286 columnas con la materia de 40.

PERIODICO UNIVERSAL.

Veinte y cuatro columnas de impresión compacta todos los sábados, en casi doble folio, adornadas con infinidad de grabados de todas dimensiones.

NOVEDADES POLÍTICAS, SOCIALES, MILITARES, ETC.  
DE ESPAÑA Y DEL ESTRANJERO.  
FIESTAS Y CEREMONIAS PÚBLICAS.  
RETRATOS DE PERSONAJES CÉLEBRES CONTEMPORÁNEOS.  
DESCRIPCION GEOGRAFICA Y PINTORESCA DE TODOS LOS PAISES

QUE LLAMAN LA ATENCION DEL MOMENTO.  
ADMINISTRACION, LEGISLACION, ECONOMIA POLITICA.  
INVENCIONES INDUSTRIALES.  
PROCEDIMIENTOS VESTIDOSOS.  
EX. ARTES, AGRICULTURA, NAVEGACION, ETC.  
CAUSAS CÉLEBRES.

NOVELAS,  
CUADROS DE COSTUMBRES,  
REVISTAS DE MADRID,  
CRITICA TEATRAL.  
ARGUMENTOS DE OPERAS Y BAILES MODAS.  
NOTICIAS DE ACTUALIDAD LITERARIAS, ARTISTICAS, COMERCIALES, RELIGIOSAS, ETC.

ESCENAS CONTEMPORÁNEAS.  
MAPAS, PLANOS,  
VISTAS DE FÁBRICAS Y TALLERES NACIONALES.  
ESCENAS, NOVELAS, CARICATURAS.  
ESCENAS TEATRALES,  
TRAGES, MUEBLES, DECORACIONES MODERNAS.  
UN FIGURIN MENSUAL, ETC., ETC.

Se están imprimiendo los prospectos de esta magnífica publicación, que hace algunos meses prepara, á costa de grandes desembolsos, la empresa del SEMANARIO, á cuyos suscritores se ofrecen considerables ventajas. Esperamos poderlos repartir muy en breve.

MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.